

Los límites de la representación.
Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico

Nicolás Kwiatkowski (CONICET-IDAES)

José E. Burucúa (UNSAM)

Macduff: O horror, horror, horror! Tongue nor heart

Cannot conceive nor name thee!

William Shakespeare, *Macbeth*, II, 3, 835.

Resumen

Este artículo estudia problemas relacionados con la representación de la masacre y el genocidio y sus dificultades. Tras presentar el estado del arte, propone una interpretación posible de las causas de los límites de la representación. Asimismo, analiza brevemente la cuestión de la distancia y sus implicancias para la historia y la memoria de tales hechos.

Palabras clave

Masacre – Representación – Fórmula – Distancia.

La masacre histórica puede definirse como el asesinato masivo de individuos usualmente desarmados y sin posibilidad de defenderse, para el que se utilizan métodos de homicidio excepcionalmente crueles, en tanto que las víctimas, vivas o muertas, son tratadas con gran desprecio. Se trata también de un evento que tiene lugar en un espacio y lugar delimitados, en tanto que un grupo (no un individuo) es responsable del ataque. La enorme disparidad entre víctimas y perpetradores, así como la magnitud de la degradación de las víctimas, indica la naturaleza horrenda de estos fenómenos. Una categoría vecina es la de “genocidio”, definida por la Convención de Naciones Unidas

sobre la Prevención y el Castigo del Crimen de Genocidio, aprobada en 1948, como un acto “cometido con la intención de destruir, en el todo o en la parte, un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal: asesinato de miembros del grupo; ataque grave contra la integridad física o mental del grupo; sumisión intencional del grupo a condiciones de existencia que provoquen su destrucción física total o parcial; medidas que procuren dificultar los nacimientos en el seno del grupo; transferencia forzada de niños de ese a otro grupo” (UN, 1948). Por supuesto, el origen de la figura legal de genocidio está íntimamente ligado a la *Shoah*, pero hay evidencias de que el abogado polaco-norteamericano Raphael Lemkin había comenzado a delinear el concepto antes, con el genocidio armenio como base (Lemkin, 1944 y varias fechas).

Una de las diferencias fundamentales entre masacre y genocidio radica, según la perspectiva de varios especialistas, en la presencia de una política, de una ideología, de un estado criminal (Wenzel, 2005: 28-31), sobre el que recaen responsabilidades colectivas, a la par que recae la responsabilidad penal, definida por la tradición jurídica, sobre los individuos particulares que ordenaron las matanzas. Además, es preciso tener en cuenta que en el marco de un genocidio se producirán seguramente varios episodios de masacre, mientras que el suceso terrible de una masacre no implica necesariamente que se esté ejecutando un genocidio. Por cierto, en su libro *Genocide* de 1981, Leo Kuper agregó al “asesinato genocida” la destrucción por motivos políticos y las masacres colectivas no sistemáticas ni preparadas por un plan previo y global¹. También es verdad que existen elementos comunes entre el genocidio y la masacre, como la masividad del fenómeno, la disparidad de fuerzas entre perpetradores y víctimas, el carácter atroz del suceso acontecido y, finalmente, la utilización de fórmulas semejantes para representar lo ocurrido.

El tópico de las relaciones entre hechos, verdad y relato es particularmente sensible en eventos como éstos, que por sus características específicas comprometen emocionalmente y de manera necesaria al historiador, pues son tan radicales que ponen

¹ Ha habido un largo debate entre los especialistas respecto de la definición de genocidio. Dos cuestiones de ese debate merecen destacarse aquí. Por un lado, la definición de Naciones Unidas excluye a los grupos políticos de aquéllos que pueden ser víctimas de genocidio (“grupos nacionales, étnicos, raciales o religiosos”), algo que fue discutido tanto antes como después de la adopción de la Convención. En segundo lugar, una consecuencia importante de la definición de genocidio como “crimen de intención” es la necesidad de encontrar una intención clara y verificable de destruir un grupo como tal para que un asesinato masivo se considere legalmente genocidio, y es siempre difícil encontrar prueba de las intenciones, más aun cuando los perpetradores intentan ocultar sus acciones. Ver, por ejemplo, Kuper (1981) y Andreopoulos (1997).

en cuestión aquello que nos hace humanos. Son evidentes las dificultades enormes del relato y la representación de los hechos que pueden englobarse en el concepto general de masacres, sean antiguas, modernas o contemporáneas. Pese a tales obstáculos, el intento de narrarlas, describirlas y retratarlas no cesa, y en tales ensayos se utilizan dispositivos discursivos, retóricos o pictóricos de diverso tipo. ¿Cuál es la naturaleza y el origen de aquello que, por brevedad y siguiendo la formulación clásica de Saúl Friedlander, podemos denominar los límites de la representación (Friedlander, 2007)? En principio, podría decirse que en las masacres y genocidios la representación y la interpretación se ven restringidas en comparación con lo que ocurre en el caso de otros fenómenos históricos porque se trata de hechos límite, que ponen a prueba las categorías usuales de conceptualización. El intento voluntario y sistemático de exterminar por completo un grupo humano no tuvo lugar una sola vez en la historia humana, pero cada vez que se hizo presente fue tenido por un suceso de una enormidad tal que desafiaba los marcos éticos, retóricos y analíticos disponibles. Sin embargo, como también fue frecuente que los autores de tales atrocidades intentaran por todos los medios ocultar los rastros de sus acciones, quienes simpatizaban con las víctimas buscaron dar testimonio de lo ocurrido: registrar el máximo desgarramiento se volvió una necesidad apremiante.

Semejante carga ha tenido muchas consecuencias. Dos de ellas, hasta cierto punto contrapuestas, nos interesan aquí particularmente. De una parte, el imperativo del registro llevó a la exigencia de que no se distorsionara lo ocurrido mediante representaciones inadecuadas. La narración (o la imagen) testimonial está asociada a una pretensión de verdad irrenunciable y se encuentra necesariamente circunscripta por las restricciones externas fijadas por la evidencia material disponible. Al mismo tiempo, la necesidad de testimoniar y comprender se encuentra con otro límite preciso y siempre amenazante: el riesgo de que la comprensión derive en la justificación de lo injustificable. La segunda consecuencia del imperativo del registro también refiere a los límites de la representación, aunque en un sentido diferente. El desafío que un fenómeno radical como la masacre histórica impone a las conceptualizaciones existentes de la violencia y las relaciones entre grupos opuestos lleva con frecuencia a que no existan palabras para describir lo acaecido. Así, ante las matanzas de los armenios por los turcos primero y de los judíos por el nazismo luego, Lemkin cayó en la cuenta de que se estaba ante un crimen nuevo, y de que para abordarlo, evitarlo y reprimirlo era

Nicolás Kwiatkowski y José E. Burucúa. Los límites de la representación. Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico.

Papeles de Trabajo, Año 4, N° 7, abril 2011, pp. 11-30.

necesario un concepto nuevo. Barbarismo, vandalismo, desnacionalización o asesinato masivo no eran suficientes y dio entonces con el neologismo “genocidio”, luego adoptado por la ONU con algunas modificaciones en la definición. Sin embargo, no todos los contemporáneos de Lemkin estaban de acuerdo con poner el crimen en palabras y varios sobrevivientes insistieron en la imposibilidad de representarlo. Para ellos, el sufrimiento impuesto por Hitler estaba más allá del reino de la expresión. Permítasenos citar a Jean Amery extensamente:

¿Era ‘como un hierro ardiente en mis hombros’ o era acaso ‘como una estaca mocha clavada en la base de mi cráneo’? Un símil sólo estaría en lugar de otra cosa, y al final seríamos arrastrados de las narices en un carrusel desesperante de comparaciones. Dolor, eso era. No hay nada más que decir al respecto. Las cualidades de los sentimientos son tan incomparables como indescriptibles. Marcan los límites de la capacidad del lenguaje para comunicar (Amery, 1980: 66)².

Hayden White ha descripto con precisión las ideas en que se apoya la postura de que el Holocausto es irrepresentable³. El evento sería de una índole tal que escapa al poder de cualquier lenguaje para describirlo y de cualquier soporte para representarlo pues, en palabras de George Steiner, “el mundo de Auschwitz está fuera del discurso como está fuera de la razón”⁴. Berel Lang, en el mismo espíritu que Amery, se opuso a cualquier uso del genocidio como tema de escritos ficcionales o poéticos: sólo deben relatarse los hechos pues de otra forma se cae en el discurso figurativo y el esteticismo, lo que reduce u opaca determinados aspectos de los sucesos. En suma, para algunos defensores de tal tipo de irrepresentabilidad, el argumento no es que el genocidio no se pueda representar, sino que la única forma de hacerlo es de manera objetiva y literal, es decir, mediante un discurso que reduzca al mínimo la distancia entre la *Shoah* y su representación. Hasta aquí la correcta síntesis que White hiciera de estas nociones. Se trata de una perspectiva que nada tiene que ver con dos teorías respecto del problema, que rechazamos de plano: por un lado, el negacionismo, por el otro, el pensamiento posmoderno que excluye la posibilidad de identificar una realidad más allá de las construcciones lingüísticas⁵.

² La traducción del inglés al español es nuestra.

³ White, Hayden, “El entramado histórico y el problema de la verdad”, en Friedlander (2007: 69 y ss).

⁴ George Steiner, citado en Lang (1990: 151).

⁵ Así, por ejemplo, Jean François Lyotard se vale de Auschwitz para demostrar que es imposible que haya un discurso simple e integrado con relación a la historia y la política: las voces de los autores de los

Sin embargo, respecto de la cuestión de la distancia, quisiéramos proponer una línea interpretativa distinta de la “irrepresentabilidad objetivista” a partir del concepto warburgiano de *Denkraum* o espacio para el pensamiento. En su informe de la expedición antropológica de 1896 a Nuevo México, tardíamente redactado en 1923, Aby Warburg (Warburg, 1995) propuso que la ciencia –como la magia, el arte y la religión– provee tal espacio para el pensamiento, que permite el abordaje de objetos que nos enfrentan con nuestros temores y ansiedades más íntimos y existenciales, esto es, que ese lugar para la intelección nos permite hacer frente al miedo a la muerte. A partir de tal distancia, podríamos evitar, conjurar o convertir tales objetos en instrumentos de nuestra acción sobre la realidad circundante. El tema de las masacres y los genocidios como objeto de la historiografía y de la figuración estética plantea obviamente la cuestión del *Denkraum*, ya que pocos *topoi* se le pueden comparar en cuanto a la presencia radical de la muerte en el tejido de sus significados. La dificultad de la representación de la *Shoah*, como la de otros genocidios y grandes masacres históricas, nos vuelve extraordinariamente conscientes de la insuficiencia de las representaciones, incluso de las explicaciones históricas, para alcanzar la comprensión de tan enormes traumas colectivos. Sin embargo, pese a la evidente incapacidad de nuestras formas de producir textos e imágenes para dar cuenta de tales sucesos, si aceptamos la teoría del *Denkraum*, el establecimiento de cierta distancia no debería ser algo a evitarse.

La novela *Austerlitz*, de W.G. Sebald, contiene un buen ejemplo del carácter crucial de la distancia para la representación del trauma histórico específico de la *Shoah*. A lo largo de todo el relato, el narrador introduce largos pasajes en los que se reporta el discurso de Austerlitz, protagonista de la historia: a cada página, encontramos indicaciones del tipo “Austerlitz dijo”, “contó Austerlitz”, etcétera. Sin embargo, las descripciones, tanto del auge inicial del nazismo en la Alemania de entreguerras como de los momentos previos a la deportación de judíos, particularmente de Agáta, la madre del personaje, están mediadas por un discurso que es dos o tres veces indirecto. Es frecuente en esas páginas centrales de la narración, encontrar secuencias de *orationes*

hechos y las de las víctimas se excluyen mutuamente, la búsqueda de totalidad sería el fundamento mismo del fascismo (Lyotard, 1988). Claramente en contra de tal postura, Perry Anderson ha sostenido que “Negar la existencia del régimen o de sus crímenes está totalmente descartado. Las estrategias narrativas, para ser creíbles, siempre operan dentro de este tipo de límites externos”, mientras que Carlo Ginzburg ha afirmado que, en estos casos, “la voz de un solo testigo nos da acceso al dominio de la realidad histórica”. (Friedlander, 2007: 95 y 142).

Nicolás Kwiatkowski y José E. Burucúa. Los límites de la representación. Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico.

Papeles de Trabajo, Año 4, N° 7, abril 2011, pp. 11-30.

obliquae. Precisamente eso ocurre cuando Austerlitz reporta las referencias que Věra le hace de lo contado por Maximilian acerca de su visita a Alemania: “No obstante, dijo Věra, continuó Austerlitz, Maximilian no pensaba de ninguna manera que el pueblo alemán hubiera sido empujado a su desgracia” (Sebald, 2001: 236). Lo mismo ocurre cuando Věra narra las desventuras de Agáta y en el momento en que se reproducen las investigaciones de H. G. Adler acerca de Terezin (Sebald, 2001: 259-275 y 326-345). Pensamos que la adición de discursos indirectos hace posible la distancia que hemos mencionado. Es ese dispositivo el que posibilita la experiencia de la recepción de *Austerlitz* sin que el lector se contagie del marasmo mental que sufre el protagonista. De todas maneras, es probable que Sebald haya tenido en cuenta la necesidad de provocar un efecto bascular de alejamiento-acercamiento a las huellas lingüísticas y materiales del trauma mediante la inclusión de fotografías de los edificios aún en pie de Terezin, así como de fotogramas de los reclusos en ese campo tomados de una película producida por los propios nazis para la Cruz Roja.

Para intentar reconstruir lo destruido irremediadamente por el genocidio, es preciso satisfacer la necesidad de representar el trauma irrepresentable pues, aunque suene paradójico, cualquier proyecto viable del futuro habrá de erigirse sobre la comprensión del trauma que disolvió los sentidos del pasado. Al respecto, suscribimos la idea de Oscar Terán en referencia al caso argentino: la memoria del terrorismo de estado es “lo que sutura el hilo de sentido brutalmente cortado” (Terán, 2006: 184-189). En el mismo sentido, aunque Theodor W. Adorno opinaba que los crímenes nazis son únicos porque “son tan extremos que conminan a guardar silencio”, también insistía en que “el esclarecimiento de lo que sucedió en el pasado debe operar contra un olvido que con demasiada frecuencia se deja llevar bien con lo que se olvida y se justifica” (Adorno, 1986: 114-129). ¿Pueden acaso concebirse la memoria o el esclarecimiento sin distancia?

El problema del carácter único o no de la *Shoah*, que la cita de Adorno nos permite introducir brevemente aquí, tiene numerosas aristas⁶. Una de ellas refiere tanto a la cuestión de las representaciones cuanto a la de la culpa colectiva. Así, por un lado, si los crímenes nazis fueron algo absolutamente singular, habrían aplastado toda posible idea de una reconstrucción de la nacionalidad alemana *post factum*, mientras que si se

⁶ Al respecto, pueden consultarse LaCapra (1994) y Maier (1988).

los considerase un conjunto de sucesos horrible, pero comparable con otras atrocidades, Alemania aún podría aspirar a que se le brinde la misma aceptación nacional que no se le niega a los autores de otras masacres. Al mismo tiempo, si se considera que la “solución final” no es comparable con nada, se vería también vedada la posibilidad de representarla: los dispositivos narrativos y compositivos estarían siempre condenados al fracaso en su intento de producir un texto, una imagen o una pieza musical que diera cuenta de esa maldad única. La puesta en duda de la singularidad absoluta del Holocausto fue propuesta en términos completamente inaceptables por Ernst Nolte, lo que dio lugar al llamado “debate de los historiadores”⁷. Insistimos en nuestra repulsa de cualquier formulación del problema que pueda emparentarse con la negación, ya sea del acontecimiento en sí como del horror extraordinario por él implicado. En consecuencia, reconocemos la enorme dificultad implicada por un intento de comparación de atrocidades (y representaciones) tan diversas como las masacres de la conquista americana, las producidas en el contexto de las guerras de religión europeas o los genocidios contemporáneos, desde el perpetrado contra los herero en el África Sudoccidental Alemana a comienzos del siglo XX hasta el de los tutsis en Ruanda en 1994, lo que incluye el intento turco de exterminar a los armenios en 1915 y el exterminio de los judíos en Europa durante el nazismo, pero también, quizás, las “desapariciones” de miles de personas durante las tiranías militares en América del Sur⁸. Sin embargo, pese a tales problemas y riesgos, quisiéramos intentar un ejercicio comparativo en lo referente a los límites de la representación, para proponer, finalmente, algunas hipótesis respecto de las causas de tales dificultades y, en consecuencia, de lo que el estudio de las representaciones podría llegar a develarnos respecto de los tremendos hechos a los que refieren.

Tanto la excepcionalidad como la casi imposibilidad de representar las grandes matanzas históricas están lejos de ser características que sólo puedan aplicarse a los genocidios contemporáneos. Ya los antiguos se enfrentaron con problemas de este tipo. Cuando Tucídides intentó relatar la destrucción de Melos, en las islas Cícladas, por parte de los atenienses (416 a. C.), en la historia de las Guerras del Peloponeso,

⁷ La bibliografía acerca del *Historikerstreit* es descomunal. Al ya mencionado libro de Charles Maier, sumemos dos textos fundamentales: Augstein (1993) y Kershaw (1989).

⁸ Esta enumeración no es en absoluto exhaustiva. No descartamos, por supuesto, el análisis de otros fenómenos genocidarios de los siglos XX y XXI.

describió las negociaciones previas en forma de diálogo dramático entre los contendientes (Tucídides: V, 85-113). La dificultad de la narración se hace evidente porque, en el momento de dar cuenta de la masacre de los melios, Tucídides abandona el diálogo, vuelve a la prosa histórica y despacha el asunto en una sola línea: “Y los atenienses masacraron a todos los hombres adultos”. También los intelectuales de la temprana modernidad se toparon con el problema en el marco de las guerras de conquista y religión, en los siglos XVI y XVII. En su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, fray Bartolomé de las Casas se refiere al carácter inédito del mal acontecido en la masacre, que lo lleva a convencerse de que ha encontrado los límites del lenguaje, insuficiente para relatar lo sucedido: “Contar los estragos y muertes y crueldades que en cada una hicieron sería sin duda cosa difícilísima y imposible de decir, e trabajosa de escuchar” (Las Casas, 1979: 110)⁹. Entre los muchos ejemplos disponibles para ilustrar el mismo problema en las guerras de religión en Francia, merece mencionarse la opinión de un observador inglés, Lord Burghley, para quien “estas tragedias francesas no pueden ser expresadas con la lengua para declarar las crueldades” (Lodge, 1979: II, 74)¹⁰. Permítasenos un último ejemplo temprano antes de retornar al siglo XX. Durante la rebelión irlandesa de 1642, cientos de colonos protestantes fueron masacrados por los católicos, en un conflicto que combinó el enfrentamiento religioso y la guerra de conquista y colonización para alcanzar extremos de crueldad pocas veces vistos y que se cerraría temporalmente con otro baño de sangre, en este caso provocado por la reconquista *cromwelliana* de la isla. Respecto del primer momento de agitación y muerte, sir John Temple, en un reporte casi oficial publicado como libro en 1646, consideraba “imposible reunir o expresar” la maldad y el horror de las ejecuciones, pensaba que el desprecio que los rebeldes expresaban por los protestantes era “inimaginable” y se preguntaba si alguien podía ser capaz de

⁹ La dificultad de la representación parece ser consecuencia, por un lado, de la inhumanidad de los perpetradores de las crueldades relatadas y de la concomitante inocencia radical de las víctimas, y por otro lado, de la irreparabilidad del daño provocado. “Particularmente, no podrá bastar lengua ni noticia e industria humana a referir los hechos espantables que en distintas partes, e juntos en un tiempo en unas, e varios en varias, por aquellos huestes públicos y capitales enemigos del linaje humano, se han hecho dentro de aquel dicho circuito, e aun algunos hechos según las circunstancias e calidades que los agravian, en verdad que cumplidamente apenas con mucha diligencia e tiempo y escriptura no se pueda explicar”... “Y estos daños, de aquí a la fin del mundo no hay esperanza de ser recobrados, si no hiciese Dios por milagro resuscitar tantos cuentos de ánimas muertas” (Las Casas, 1979: 108 y 149).

¹⁰ Burghley se refiere aquí a la más famosa de las masacres de las guerras de religión en Francia, la matanza de San Bartolomé de agosto de 1572.

comprender los temores y la perplejidad que semejante cosa causaba entre las posibles víctimas (Temple, 1646: 96)¹¹. Los ejemplos ingleses e irlandeses de tales expresiones podrían repetirse hasta el infinito. Pese a la conciencia de tales dificultades, testigos, sobrevivientes e historiadores encontraron en la antigüedad, en la Edad Media y en la temprana modernidad formas de referirse a las atrocidades que buscaban representar. En el curso de nuestras investigaciones, hemos encontrado que lo hicieron en general mediante el uso de tres fórmulas de representación: describieron la matanza como una escena de caza, la identificaron como un martirio colectivo, o bien la asociaron con una escena infernal. Lo interesante es que, ante la magnitud del horror de los genocidios contemporáneos, tales fórmulas se mostraron particularmente inadecuadas para dar cuenta de lo ocurrido y el énfasis en la imposibilidad de la representación adquirió nueva fuerza.

Los primeros testigos de la *Shoah* expresaron con claridad la insuficiencia de los dispositivos narrativos a la hora de describir las atrocidades que observaban. Cuando Jehoszua Perle intentó relatar la eliminación de doscientos niños del orfanato de Janusz Korczak en Polonia, el 7 de agosto de 1942, sostuvo: “una vez más debo repetir aquí las palabras banales de que no existe pluma alguna que pueda describir esta escena aterradora”. Lo que más sorprendió a Perle no fue la “furia asesina de los fascistas asesinos de niños”, sino el hecho de que los pequeños no lloraran, corrieran ni se ocultaran, sino que buscaran la protección del consumido y escuálido Korczak¹². Por su parte, Michal Chilczuk, miembro del Ejército del Pueblo Polaco que liberó

¹¹ “It is not possible to recolect or express the wickedness of their mischievous inventions, or horror of their bloody executions, actuated with all kind of circumstances that might agravate the height of their cruelty towards them. Alas! Who can comprehend the fears, terrors, anguish, bitterness and perplexity of their souls, the despairing passions and consternation of their mind!... Certainly it is not to be imagined, much less expressed, with what scorn and derision they acted these great cruelties upon all Britttish.” Ver también p. 15: “A rebellion so execrable in itself, so odious to God and the whole world, as no age, no kingdom, no people can parallel the horrid crueltie, the abominable murders, that have been without number, as well as without mercy committed upon the British inhabitants throughout the land, of what sex or age, of what quality or condition soever they were”.

¹² “Once again I must repeat here the banal words that there is no pen in existence which can describe this fearful scene. The fascist child murderers were gripped with a frenzied rage; they kept on shooting. Two hundred children stood there frightened to death. Soon they would be shot right down to the very last one. And then something extraordinary happened. These two hundred children did not scream, two hundred innocent creatures did not cry, not one of them ran away, none of them hid. Like sick swallows they snuggled up to their teacher and educator, their father and brother, to Janusz Korczak, looking to him to care for them and protect them. He stood in the front row. He shielded the children with his weak, emaciated body. The Hitler beasts showed no consideration... The stones wept as they saw this procession. But the fascist murderers drove the children on with whips and kept on shooting” (Bernstein, 1960: 314, cit. en Noakes J. y G. Pridham, 1998: 569).

Nicolás Kwiatkowski y José E. Burucúa. Los límites de la representación. Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico.

Papeles de Trabajo, Año 4, N° 7, abril 2011, pp. 11-30.

Sachenhausem, pensaba que “no existe artista o escritor que pueda reconstruir esta imagen; no es sólo que se me hace difícil hacerlo en inglés, también en mi lengua materna me es imposible”¹³. El periodista estadounidense Edward R. Murrow estuvo entre los primeros testigos de la liberación de Buchenwald, en abril de 1945. Tras una detallada descripción de las escenas horripilantes que observó, cerró su reporte radial con estas palabras: “Les ruego que crean lo que he dicho sobre Buchenwald. Relaté lo que vi y escuché, pero solamente parte de ello. Para el resto, no tengo palabras”¹⁴. Incluso durante la eliminación sistemática de los judíos europeos, las víctimas expresaron opiniones en el mismo sentido. En sus “Notas”, el *Sonderkommando* de Auschwitz Zalmen Gradowski describió de manera descarnada el sufrimiento propio y ajeno y la escala de la malévolas maquina de exterminio. Pero insistió, además tanto en la necesidad de dar testimonio de lo ocurrido como en la tremenda dificultad que ello implicaba:

Ven, levántate, no esperes a que el diluvio haya pasado, a que los cielos hayan escampado, a que el sol vuelva a brillar, pues entonces te detendrás y no crearás lo que tus ojos te mostrarán. Y quién sabe, si alguna vez la inundación desaparece, tal vez desaparezcan también quienes, en tanto sobrevivientes, habrían podido testimoniar y relatar la verdad... Creerás que los hombres no habrían podido llegar a tal bárbaro exterminio incluso si se hubieran transformado en bestias salvajes... No temas, no te mostraré el fin antes del comienzo, poco a poco tu ojo quedará fijo, tu corazón se marchitará, tus oídos se volverán sordos¹⁵.

¹³ “I don’t think any artist or any writer exists who can reconstruct this picture. It is not only difficult for me in English, but in my mother language it is also impossible. What I saw were people I call humans, but it was difficult to tell they were humans. I can never forget their eyes. There was a difference”. (Chamberin and Feldman, 1987: 26).

¹⁴ “I pray you to believe what I have said about Buchenwald. I reported what I saw and heard, but only part of it. For most of it, I have no words”. El reporte puede escucharse completo en http://www.otr.com/murrow_buchenwald.shtml

¹⁵ “Viens, lève-toi, n'attends pas que le déluge soit passé, que le ciel s'éclaircisse et que le soleil se mette a briller, car alors tu t'arrêteras étonné et tu ne croiras pas ce que ton oeil te montrera. Et qui sait, si une fois le déluge disparu, n'auront pas aussi disparu ceux qui, en tant que survivants, auraient pu témoigner et te raconter la vérité... Tu ne croiras pas que des hommes aient pu en arriver à une si barbare extermination même s'ils avaient été changés en bêtes fauves... Ne t'effraie pas, je ne te montrerai pas la fin avant le commencement, et peu a peu ton oeil deviendra fixe, ton cœur s'émoussera, tes oreilles deviendront sourdes” (Gradowsky, 2005: 28-29). El desconocimiento y la banalización de la tarea de los *Sonderkommando* es tan indignante como sorprendente y exige al menos un comentario breve. El 8 de octubre de 2010, el ministro de Economía argentino Amado Boudou comparó a algunos periodistas argentinos con “los empleados que limpiaban las cámaras de gas durante el nazismo” (ver, por ejemplo, *Clarín*, 11 de octubre de 2010, disponible en http://www.clarin.com/politica/Fuerte-reaccion-comunidad-Boudou-retracte_0_351564851.html, consultado el 3 de diciembre de 2010). El 13 de octubre, Alvaro Abos firmó un artículo en el diario *La Nación* en el que sostenía que los *Sonderkommando*, encargados de esas tareas, “eran esbirros elegidos por Himmler, Eichmann y demás arquitectos del Holocausto entre los más curtidos verdugos. (...) Los que ‘limpiaban’ eran asesinos. Con frecuencia, debían ser reemplazados, pues ni siquiera tales carniceros aguantaban la faena” (Alvaro Abos, “Un ministro que se niega a pedir

Más escalofriante aún, los propios perpetradores del Holocausto reconocieron que las acciones que estaban llevando a cabo, y de las que incluso se regodeaban, eran difíciles de narrar. El propio Heinrich Himmler, en su famoso discurso de Poznan, pronunciado en octubre de 1943 ante oficiales de las SS, sostuvo: “La mayoría de ustedes bien sabe lo que se siente ante cien, quinientos, mil cadáveres apilados. Haber soportado eso y, con la excepción de unas pocas debilidades humanas, haber permanecido decentes, he ahí lo que nos ha fortalecido. Es una página gloriosa de nuestra historia, que jamás fue escrita y nunca lo será”¹⁶. Por su parte, los sobrevivientes del genocidio se encuentran desgarrados por la insostenible tensión entre el imperativo de dar testimonio de lo ocurrido y la inadecuación de las formas de expresión para lograrlo. Así, por ejemplo, Elie Wiesel insistió en su necesidad de “dar testimonio para el futuro contra la muerte y el olvido, con cualquier medio de expresión” (Wiesel, 1972: 53)¹⁷. Pero reconoció también, al recordar el momento de la liberación del campo de concentración en el que estaba prisionero, que cualquier intento de explicación es inútil: pese a ello, dice haberse forzado a sí mismo a dar testimonio, aunque “no hay palabras que puedan expresar lo inefable”¹⁸. Entretanto, es conocida la insistencia de Primo Levi en la inadecuación del lenguaje para expresar el horror de la “demolición del hombre”, que se vincula en parte a la imprecisión de la memoria del testigo¹⁹.

disculpas”, *La Nación*, 13 de octubre de 2010, disponible online en http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1314322, consultado el 3 de diciembre de 2010). Lamentablemente, la ignorancia y frivolidad del ministro Boudou fue respondida por otra ignorancia equivalente del periodista y escritor Álvaro Abós. Ambos convirtieron a víctimas radicales en cómplices del crimen indescriptible. Recordemos, entonces, la situación verdadera de los *Sonderkommando* en los campos de concentración: prisioneros ellos mismos, obligados a enfrentarse con un infierno cotidiano, protagonistas de rebeliones en Auschwitz, Treblinka y Sobibor, finalmente asesinados en su mayoría. Se estima, por ejemplo, que de los mil *Sonderkommando* que había en Auschwitz en septiembre de 1944, sólo quedaban noventa el 18 de enero de 1945, cuando se liberó el campo (Bensoussan, 2005: 9; Schelvis, 2007).

¹⁶ Discurso de Himmler en Poznan, 4 de octubre de 1943, cit. en Fackenheim (1989: 77).

¹⁷ “El temor al olvido es la última obsesión de todos aquellos que pasaron por el universo de los malditos condenados al infierno” (Wiesel, 1990).

¹⁸ “April 11, 1945. Buchenwald... What did we feel? Only sadness, and also gratitude... One thing we did not do. We did not try to explain. Explanations were neither needed nor possible... We looked deep into the abyss, and the abyss looked back at us. No one comes close to the kingdom of night and goes away unchanged. We told a tale, or at least we tried. We resisted all temptation to isolate ourselves and be silent. Instead, we chose to affirm our desperate faith in testimony. We forced ourselves to speak, however inadequately, however poorly. We may have used the wrong words, but then there are no words to describe the ineffable. We must admit our naiveté. We thought we had vanquished what Brecht called 'the Beast'. But no, it is still showing its claws” (Chamberin and Feldman, 1987: 14-16).

Nicolás Kwiatkowski y José E. Burucúa. Los límites de la representación. Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico.

Papeles de Trabajo, Año 4, N° 7, abril 2011, pp. 11-30.

Son esas mismas tensiones las que se hacen presentes en las representaciones de la *Shoah* producidas desde mediados del siglo XX. *The Pawnbroker*, la película de Sidney Lumet estrenada en 1965, narra la historia de un sobreviviente del Holocausto, Sol Nazerman, torturado por sus experiencias veinte años después del evento. El film intenta retratar la vida en los campos, la memoria y la represión de la memoria, con cortes de menos de un segundo, pero también con algunas escenas de mayor duración. El trauma insondable y la dificultad radical del recuerdo encuentran su máxima expresión en el grito silencioso de Nazerman al final de la película.



Un desgarramiento comparable se observa en las pinturas de Samuel Bak, un sobreviviente del Holocausto nacido en Vilna. El propio Bak reconoce que sus pinturas surgen de la “necesidad irrefrenable de dar cuenta de los horrores del Holocausto”, de “testimoniar lo ocurrido” y de “dotar de sentido al hecho milagroso de la supervivencia”, al mismo tiempo que reconoce que “la retórica de la pintura tiene limitaciones”, particularmente ante una “tragedia de magnitud única” como esta (Bak, 2002). Las estructuras en ruinas de sus pinturas, los frutos diezmados, las escenas apocalípticas, los paisajes aterradores, los personajes consumidos y fantasmales, sugieren siempre la destrucción y aniquilación del genocidio. Piénsese por ejemplo en *Smoke* (1999, crayón y óleo sobre papel, Ottawa, *National Gallery of Canada*), en la que un cementerio desproporcionado flota en el cielo como una nube de humo, de manera que el cielo de Europa parece transportar las cenizas de un pueblo asesinado como un todo.

¹⁹ “La memoria humana es un instrumento maravilloso y falaz. Las memorias que yacen dentro nuestro no están grabadas en piedra. Incluso en condiciones normales se produce una lenta degradación, se ofuscan los límites, hay un olvido psicológico al que pocas memorias resisten” (Levi, 1988: 23). Para más ejemplos al respecto, puede consultarse Totten (1991).



Para Bak, una imagen como esa le permite “hablar de lo inenarrable”, en un intento por lograr “el triunfo del arte sobre la aniquilación”. En esa búsqueda, la herida abierta y tremendamente real de la masacre se ve transpuesta a un universo imaginario. No es completamente arbitrario encontrar en imágenes como *Smoke* ecos de las pinturas sobre la ira de Dios descargada sobre la Tierra en escenas de destrucción sin igual, producidas por John Martin a mediados del siglo XIX. La escena de la ruina del mundo en el juicio final, representada en *The Great Day of His Wrath* (1853, óleo sobre tela,

Nicolás Kwiatkowski y José E. Burucúa. Los límites de la representación. Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico.

Papeles de Trabajo, Año 4, N° 7, abril 2011, pp. 11-30.

Londres, Tate Gallery), por ejemplo, presenta también las nubes oscuras que se ciernen sobre un mundo que ha perdido todo sentido.



Es posible que Bak haya intentado en *Smoke* representar la *Shoah* como un acontecimiento que ha causado una destrucción semejante a la del juicio, ha hecho pasar a algunos de nosotros por el infierno y ha enfrentado a la humanidad toda con la muerte. Tal vez eso permita encontrar algún parentesco entre la isla de muertos y cenizas en el cielo de Europa de Bak y la *Isla de los muertos*, de la que Arnold Böcklin pintó cinco versiones desde 1880.



En *Smoke*, como en otras de sus pinturas, Bak se ha acercado nuevamente a los límites de la representación en un intento por retratar la pérdida de sentido de los hechos, que nos enfrenta con el más profundo abismo existencial.

Ahora bien, hemos insistido repetidamente en que el carácter excepcional del horror experimentado en las grandes masacres históricas y genocidios es lo que explica, en gran medida, la dificultad de la representación. Sin embargo, quisiéramos agregar una posible causa complementaria de la inadecuación de los marcos retóricos y estéticos para narrar y describir hechos de este tipo. Si bien las masacres históricas ocurren en un tiempo y un espacio limitados y sus causas y responsables son identificables, mientras tales matanzas tienen lugar las posibilidades de explicación parecen reducirse y las cadenas causales aparecen rotas. La interrupción de las cadenas causales provoca, por otra parte, un hiato que preserva a las víctimas de cualquier mancha moral e implica, simultáneamente, la culpa irremediable del perpetrador. Ese hiato tiene como consecuencia, entonces, la inocencia radical de las víctimas, por cuanto las acciones individuales y colectivas de las víctimas antes de la matanza son irrelevantes para el hecho de la masacre y no se relacionan con ese fenómeno: el nazismo no intentó la eliminación física y total de los judíos por lo que pudieran o no haber hecho, sino por el solo hecho de pertenecer a ese grupo. La insuficiencia de las palabras y conceptos, el desasosiego generado por el intento de aprehender los hechos, la sensación de que no

tienen paralelo y son inenarrables, la compresión casi abismal del episodio en un grito (como en *The Pawnrocker*) o en una línea en un régimen discursivo diverso (como en el relato de Tucídides), son todos rasgos que no señalan solamente el horror, sino también el quiebre de la cadena de causas y efectos y el derrumbe de la continuidad histórica. Esta posible explicación, por lo demás, refuerza notablemente los posibles vínculos entre los intentos de representación y las características evidentes de los hechos representados. Sin embargo, la aceptación de la inocencia radical de las víctimas, también producto de tal ruptura, hace posible al mismo tiempo el análisis de las causas y condiciones de los asesinatos masivos al tiempo que vuelve imposible que tal estudio derive, voluntariamente o no, en su justificación.

Finalmente, creemos que el concepto de “crisis de la presencia” puede ser útil a la hora de explicar los motivos de la desaparición de relaciones causales discernibles en los fenómenos de masacre histórica y, por ende, al intentar comprender semejantes colapsos del mundo cultural compartido, que hacen posible la destrucción de un grupo humano por sus semejantes. Ernesto De Martino, en su deslumbrante tratado incompleto *La fine del mondo* (De Martino, 1977), comenzó a elaborar ese concepto para explicar el resurgimiento de la magia que encontró en sus exploraciones del *Mezzogiorno* italiano. Si aplicáramos esa matriz para intentar describir y explicar en términos antropológicos los apocalipsis culturales del siglo XX, podríamos interpretar la situación genérica del pueblo alemán en el seno de la Gran Depresión de 1929-1934 en tales términos. La crisis de la presencia es un cataclismo social provocado por la disolución y pérdida del sentido de las acciones humanas, un marasmo que cierra el paso a la posibilidad de imaginar la continuidad de la propia existencia de los individuos y de las comunidades históricas. En esas circunstancias, la política puede convertirse en un arte puramente mágico, y el líder que la enfrenta asume los rasgos de un chamán. La comunidad deposita en esa figura la esperanza de lograr su perpetuación gracias a un contacto extático con ella. Si el líder chamánico cuenta con las herramientas tecnológicas que la ciencia ha puesto a disposición de las civilizaciones modernas, aunque no comparta en absoluto las bases filosóficas de ese conocimiento científico, la crisis de la presencia puede ingresar en un tiempo apocalíptico real: el crimen masivo y planificado habría sido la respuesta a la desesperación asociada a los añicos de la vida histórica, al

Nicolás Kwiatkowski y José E. Burucúa. Los límites de la representación. Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico.

Papeles de Trabajo, Año 4, N° 7, abril 2011, pp. 11-30.

apocalipsis cultural, y habría coronado la espiral destructiva de esa metamorfosis de la política en magia²⁰.

Si nuestras hipótesis fueran correctas, en suma, podría establecerse, por un lado, un vínculo entre la dificultad de la representación y la disrupción de las cadenas causales provocada por el hecho de la matanza. Por otro lado, sería posible hallar una relación entre tal ruptura y la posible crisis de la presencia que rodea al hecho de la masacre histórica y se encuentra en el trasfondo de sus causas. En ese caso, puede aspirarse a comprender un hecho límite como el genocidio a partir de su inclusión en marcos retóricos y estéticos que garantizan una distancia objeto-sujeto capaz de desvelarnos algo contundentemente real de aquel *factum* de otro modo intolerable. El estudio de las representaciones se revela, entonces, como una vía de acceso privilegiada al análisis y el desvelamiento del modo en que operan las relaciones más extremas de fuerza y dominación social.

Bibliografía

ADORNO, T. W. (1986): “What does coming to terms to the past mean?”, en: HARTMAN, G. (ed.), *Bitburg in Moral and Political Perspective*, Bloomington, Indiana University Press.

AMERY, Jean (1996): *Jenseits von Schuld un Suhne: Bewaltigungscersuche einer Uberwaltigten*, Munich, Szczezny Verlag, 59. Edición inglesa: *At the Mind's Limits*:

²⁰ La asimilación constante, y bien probada por Éric Michaud, de Adolf Hitler a la figura de Cristo en su calidad de productor del milenio, que en el caso nazi lleva consigo la salvación y el triunfo definitivos de una raza considerada superior, puede insertarse en una explicación de este tipo (Michaud, 2009). De acuerdo con el autor, lo que en el universo cultural cristiano había sido la unión mística del individuo singular con un Dios invisible, se transformaba bajo el nacionalsocialismo en la unión mística de la comunidad con su *Führer* visible. La puesta en escena que presidía cada una de sus apariciones públicas realzaba la sugestión de las masas y la autosugestión del propio líder. Había en ellas una atmósfera orgiástica, Hitler y su público terminaban igualmente agotados, pues el estilo extático del orador conducía a los espectadores a una experiencia constitutiva del pueblo como sujeto, y descartaba en su despliegue toda alteridad, al tiempo que activaba el autoerotismo de las relaciones. Dietrich Bonhoeffer, pastor protestante, en un discurso del primero de febrero de 1933, sintetizó la estructura religiosa del mito nazi: “A partir del momento en que el *Volksgeist* es considerado como una entidad divina metafísica, el *Führer* que encarna ese *Geist* asume una función religiosa en el sentido literal del término: es el mesías, que con su aparición comienza a cumplir la última esperanza de cada quien, y el reino que aporta necesariamente con él se halla próximo del reino eterno”. La religión nacionalsocialista reposaba sobre la creencia en una salvación por la encarnación visible de la divinidad. El *Reich* de mil años no pertenecía sólo al sueño, sino que comenzaba con el advenimiento del mesías. Hitler identificaba ese momento del renacimiento político y religioso del pueblo alemán con la etapa de su renacimiento artístico. El Tercer Reich comenzaría cuando el espíritu del pueblo alemán, asfixiado por Versailles, pudiera expresarse nuevamente.

Nicolás Kwiatkowski y José E. Burucúa. Los límites de la representación. Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico.

Papeles de Trabajo, Año 4, N° 7, abril 2011, pp. 11-30.

Contemplations by a Survivor of Auschwitz and Its Realities, Bloomington, Indiana University Press, 1980.

ANDREOPOULOS, George J. (ed.) (1997): *Genocide: conceptual and historical dimensions*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

AUGSTEIN, Rudolf, et al. (1993): *Forever in the shadow of Hitler? Original documents of the Historikerstreit, the controversy concerning the singularity of the Holocaust*, Atlantic Highlands, N. J., Humanities Press.

BAK, Samuel, (2002): “Speaking about the Unspeakable”, conferencia en el International Colloquy about the Holocaust and the Arts, Parlamento Europeo, Estrasburgo, octubre, <http://www.chgs.umn.edu/museum/responses/bak/>, consultado el 01-12-2010.

BENSOUSSAN, Georges (2005): “Prefacio”, en *Des voix sous la cendre. Manuscrits des Sonderkommandos d’Auschwitz-Birkenau*, París, Mémorial de la Shoah / Calman-Lévy.

BERNSTEIN, T., et al (eds.) (1960): *Faschismus Getto Massenmord. Dokumentation uber Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen wahrend des zweiten Wltkrieges*, Frankfurt.

CHAMBERIN, Brewster and FELDMAN, Marcia (eds.) (1987): *The Liberation of the Nazi Concentration Camps 1945. Eyewitnesses Accounts of the Liberators*, Washington DC, US Holocaust Memorial.

DE MARTINO, Ernesto (1977): *La fine del mondo. Contributo all'analisi delle apocalissi cultural* (editado por Clara Gallini), Turín, Einaudi.

FACKENHEIM, Emil (1989): “Concerning Authentic and Unauthentic Responses to the Holocaust”, en: MARRUS, M. (ed.), *The Nazi Holocaust*, Londres, Meckler.

FRIEDLANDER, Saul (comp.) (2007): *En torno a los límites de la representación*, Buenos Aires, UNQui.

GRADOWSKY, Zalmen (2005): “Notes”, en *Des voix sous la cendre. Manuscrits des Sonderkommandos d’Auschwitz-Birkenau*, París, Mémorial de la Shoah / Calman-Lévy.

HIMMLER, Heinrich (1943): *Discurso en Poznan*, 4 de octubre.

KERSHAW, Ian (1989): *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretations*, Londres, Arnold.

KUPER, Leo (1981): *Genocide*, Yale University Press.

LACAPRA, Dominick (1994): *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma*, Ithaca, Cornell University Press.

Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. ISSN 1851-2577. Año 4, N° 7, Buenos Aires, abril de 2011. Dossier: “*Historia del Arte y Estudios Visuales en la UNSAM*”.

Nicolás Kwiatkowski y José E. Burucúa. Los límites de la representación. Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico.

Papeles de Trabajo, Año 4, N° 7, abril 2011, pp. 11-30.

LANG, Berel (1990): *Act and Idea in the Nazi Genocide*, Chicago.

LAS CASAS, Bartolomé (1979): *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, edición de Consuelo Varela, Madrid, Clásicos Castalia.

LEMKIN, Rafael (1944): *Axis Rule in Occupied Europe*, Washington, D.C., Carnegie Endowment for International Peace.

LEMKIN, Raphael, *Lemkin Papers*, microfilm, Biblioteca Pública de Nueva York, Reels 1-3.

LEVI, Primo (1988): *The drowned and the saved*, Nueva York, Summit.

LODGE, Edmund (1791): *Illustrations of British History*.

LYOTARD, Jean François (1988): *The Differend*, Minneapolis.

MAIER, Charles (1988): *The Unmasterable Past*, Cambridge, Harvard UP.

MICHAUD, Éric (2009): *La estética nazi. Un arte de la eternidad. La imagen y el tiempo en el nacionalsocialismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.

MURROW, E. R. (1945): *Report from Buchenwald*, http://www.otr.com/murrow_buchenwald.shtml

NOAKES, J. y PRIDHAM, G. (1998): *Nazism. A Documentary Reader: 1919-1945*. Volume I. The Rise to Power 1919-1934, Exeter, UEP.

SCHELVIS, Jules (2007): *Sobibor. A History of a Nazi Death Camp*, Oxford y Nueva York, Berg.

SEBALD, W. G. (2001): *Austerlitz*, Londres, Penguin.

TEMPLE, John (1646): *Irish Rebellion*, Londres.

TERÁN, Oscar (2006): “Cambios epocales, derechos humanos y memoria”, en: *De utopías, catástrofes y esperanzas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

TOTTEN, Samuel, PARSONS W. y CHARNY, I. (eds.) (1991): *First-Person Accounts of Genocidal Acts Committed in the Twentieth Century. An Annotated Bibliography*, Londres, Greenwood.

TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

UN, *Convention on the Prevention and Punishment of the Crime of Genocide, Adopted by Resolution 260 (III) A of the United Nations General Assembly on 9 December 1948*, <http://www.hrweb.org/legal/genocide.html>, consultado el 01-12- 2010.

Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. ISSN 1851-2577. Año 4, N° 7, Buenos Aires, abril de 2011. Dossier: “*Historia del Arte y Estudios Visuales en la UNSAM*”.

Nicolás Kwiatkowski y José E. Burucúa. Los límites de la representación. Nuevas hipótesis sobre un viejo problema histórico y teórico.

Papeles de Trabajo, Año 4, N° 7, abril 2011, pp. 11-30.

WARBURG, Aby (1995): *Images from the Region of the Pueblo Indians of North America*, Ithaca y Londres, Cornell University Press. Traducción y ensayo interpretativo por Michael P. Steinberg.

WENZEL, Eric (2005): “Le massacre dans les méandres de l’histoire du droit”, en: EL KENZ, David, *Le massacre, objet d’histoire*, París, Gallimard.

WIESEL, Elie (1990) *From the Kingdom of Memory: Reminiscences*, Nueva York, Schocken Books.

WIESEL, Elie (1972): *One generation after*, Nueva York, Avon.